

Romero Sánchez, Guadalupe (ed.). *Construyendo patrimonio: mecenazgo y promoción artística entre América y Andalucía*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2019, 219 pp.

Una representación pictórica de la Virgen de la Antigua en uno de los muros de la catedral de Sevilla, a la cual se encomendaban los navegantes antes de embarcarse para Indias, y una similar versión en tabla existente en la catedral de Lima constituyen, quizá, la expresión más evidente del lazo que unía a dichas ciudades. Este vínculo, reconocido de antaño, se ha visto revitalizado con el prolífico grupo de investigación «Andalucía-América. Patrimonio y relaciones artísticas», liderado por Rafael López, que saca a la luz, esta vez, una publicación con nueve artículos que estudian el patrocinio artístico de los «indianos» en sus lugares de origen y en la tierra que los acogió desde el siglo XVI hasta nuestros días.

Inmaculada Rodríguez y Yolanda Fernández estudian dos virreyes del Perú: Fernando de Torres y Portugal, conde de Villardompardo, y Luis de Velasco, marqués de Salinas, que gobernaron en los años de consolidación del sistema colonial. Torres y Portugal, anota Rodríguez, mandó a construir conventos y fortificaciones y dejó consignado cómo debería ser la nueva capilla familiar en la catedral de Jaén, acorde con el gusto renacentista. Fernández, por su parte, trata los afanes constructivos de Velasco en el corral de comedias de San Andrés, el palacio virreinal y la catedral de Lima en tiempos de Toribio de Mogrovejo, cuando se requería una catedral que otorgara prestancia a la arquidiócesis, que desde 1546 había dejado de ser sufragánea de la hispalense. Francisco Becerra, objeto de estudio de trabajos previos de Fernández, cumplió un destacado papel en estas obras, y trazó una espaciosa catedral, que por efecto de los terremotos debió ver sus dimensiones reducidas, así como modificadas sus originales bóvedas de arista.

Del siglo XVIII se ocupan Ana Ruiz y María del Castillo García. Ruiz, de dos hermanos nacidos en Motril: Agustín Moreno y Castro y

Alonso Francisco Moreno Beltrán. El primero fue gobernador de Nuevo México; el segundo ocupó altos cargos en el cabildo metropolitano de la ciudad de México y se involucró en el embellecimiento de la catedral y en labores asistenciales. Del Castillo García analiza un mecenazgo femenino en la ciudad de Lebrija: el de la mexicana María Manuela de Mori, quien patrocinó las iglesias del convento franciscano y de la Tercera orden. De acuerdo con la autora, un retablo en esta última presidido por un lienzo de la Virgen, tradicionalmente considerada como una Inmaculada, sería una Virgen de Guadalupe y posible origen de la difusión de esta devoción en Lebrija. A pesar de que dicha interpretación es debatible, pues se considera que se trata de una Purísima, patrona de los franciscanos y advocación promovida por la Corona española —que la proclamó patrona en 1760—, continuar en esclarecer tal advocación podría fructificar en el futuro.

Los artículos de Guadalupe Romero y Diego Lévano apuntan a grupos sociales diferentes. Romero estudia casos de indianos de los siglos XVI y XVII, que no eran de renombre ni cuantiosa fortuna, pero que fundaron capellanías, renovaron capillas e hicieron donaciones a las mismas. Lévano se enfoca en el patrocinio escultórico de las cofradías en Lima: imágenes titulares y complementarias. Entonces, los retablos debían ser decorosos y el cofrade poseer una representación del santo titular en su casa. En consecuencia, la demanda por imaginería era constante, y el mercado, diverso, ya que convocaba tanto a maestros destacados como «emergentes», al tiempo que constituyó un amplio campo para la actividad de los artífices sevillanos principalmente desde las primeras décadas del siglo XVII hasta el último tercio del mismo. Adrián Contreras, por su parte, siempre en el campo escultórico, explora el mercado representado por la Audiencia de Santafé (luego virreinato de Nueva Granada), donde hubo poca especialización entre los escultores y no existió un gremio de carpinteros. El mismo autor da luces sobre materiales y precios, aspectos claves frecuentemente dejados de lado en la historia del arte colonial.

Dos artículos muestran la actualidad del interés por la cultura andaluz en los Estados Unidos de Norteamérica y Brasil. Adriana Vidotte y Adailson José Rui se ocupan del fotógrafo Pierre Verger, quien en el

2009 llevó una exposición itinerante de su obra a Brasil y cuya temática fue sus fotografías del barrio de Triana en el año anterior a la guerra civil. La muestra permitió que inmigrantes ibéricos, en gran parte de procedencia andaluza, pudieran conocer mejor sus raíces. El artículo de Héléne Fontoira y Cristina Doménech, por su parte, permite constatar que el mercado norteamericano fue permeable a la sensibilidad barroca amable y tierna del pintor Bartolomé Esteban Murillo y los escultores Luisa Roldán (*La Roldana*) y Pedro de Mena.

Mucho cabría decir sobre este libro, que abre variadas y nuevas perspectivas de estudio. Muestra personas y obras que se desplazan y conectan con diferentes realidades; y al hacerlo, cómo fluyeron gustos, devociones, imaginarios, para transformarse y adaptarse en medios culturales diversos. Se trata de un movimiento de ida y vuelta en el cual las frecuentes y reiteradas donaciones de ornamentos de plata, por ejemplo, acabaron contribuyendo a la fastuosidad del culto católico europeo (en alguna medida a transformarlo) y a dar magnificencia a las cortes virreinales americanas. No en vano, Torres y Portugal, apenas designado y consciente del brillo que debía rodearlo en Lima, encargó a un artífice madrileño reconocido residente en Sevilla piezas de plata para llevarlas consigo en su equipaje.

Este libro muestra, a pesar de la lejanía y los años de ausencia, la fuerza de los lazos que unían a los inmigrantes con su lugar de origen. El motrileño Alonso Moreno hizo jurar como patrona de México a la guadalupana, pero para su capilla funeraria escogió a la Virgen de las Angustias, patrona de Granada, y su modelo de piedad parece ser el de San Juan de Dios, identificado con esa ciudad y cuyas representaciones se mencionan más de una vez en el listado de sus posesiones. El interés por una capilla funeraria cruza los siglos trabajados por los autores de este libro. La piedad y generosidad del mecenas, y su lugar en la sociedad, debían quedar en evidencia y ser de conocimiento público. Lévano ve, por ejemplo, el interés de los mayordomos del gremio de zapateros en Lima para que sus nombres queden inscritos al lado de las imágenes tutelares del retablo de la cofradía. Es quizá en este mecenazgo de personas comunes y de cofrades —hay que recordar que una persona pertenecía

no pocas veces a varias cofradías, formales o informales—, que podemos hallar una de las claves para la comprensión del arte colonial: la tendencia a la repetición de motivos y temas que resultaban eficientes y eficaces, y que contribuían al imaginario religioso.

El peso del sentido religioso en las obras de arte coloniales, reiteradamente reconocido y subrayado, ha dejado en ocasiones escapar aspectos y funciones de las mismas, relevantes y significativos, por la consideración de su carácter evangelizador. En ese sentido, el libro aquí reseñado evidencia claramente el «capital simbólico» que aportaban los mecenas y permite atisbar diversas y nuevas vetas que esperamos el grupo de investigación «Andalucía-América. Patrimonio y relaciones artísticas» u otros estudiosos continúen explorando.

Irma Barriga Calle  
*Pontificia Universidad Católica del Perú*